



Relatos de viaje: mirar lo cotidiano con ojos extrañados

Jesica Mariotta*

María José Sabo‡

La costumbre nos teje, diariamente,
una telaraña en las pupilas.
Poco a poco nos aprisiona la sintaxis, el diccionario,
y aunque los mosquitos vuelen tocando la corneta,
carecemos del coraje de llamarlos arcángeles.
Oliverio Gironde, *Espantapájaros*, 1932.

A modo de brújula

Las crónicas y relatos de viaje tienen en nuestro continente latinoamericano un gran acervo histórico; se han escrito crónicas de viajeros desde los tiempos de Colón, pasando por los relatos de los Adelantados, como Alvar Núñez Cabeza de Vaca, sacerdotes como Fray Bartolomé de las Casas con su paradigmática Breve relación de la destrucción de las Indias, o las crónicas de los primeros “mestizos”, como la del Inca Garcilaso de la Vega. También encontramos los relatos de viajes de los científicos europeos, entre los siglos XVIII y XIX -Darwin entre ellos-, o las expediciones antropológicas a las diversas tribus indígenas de nuestro continente, como la de Claude Levi Strauss a los Caduveos en el Brasil; luego relatos de artistas aventureros, como Viaje al país de los Tarahumaras de Antonin Artaud, de 1935; o cronistas viajeros que desde Latinoamérica se trasladaron hacia Europa invirtiendo la direccionalidad del viaje, como las crónicas de Peregrinaciones, de Rubén Darío, en el ‘900.

La enumeración sería interminable, porque las crónicas de viaje son parte persistente, ineludible, de los discursos con que Latinoamérica se pensó a sí misma a lo largo de la historia y en contrapunto constante a cómo la pensaron otros, ya fueran occidentales europeos, norteamericanos, científicos o intelectuales.

* UNVM / mariottajesica@gmail.com

‡ UNC- CONICET / merisabo@gmail.com

Esto nos invita a reflexionar respecto a un tema transversal en la literatura y en la filosofía nuestroamericana: el tema de la identidad. Las crónicas de viaje pondrán en el centro de nuestro análisis la cuestión de la construcción siempre problemática de las experiencias latinoamericanas de los territorios y de las subjetividades en viaje, oscilantes, interpeladas, es decir -como sostiene el crítico Antonio Cornejo Polar (1996)- de los sujetos y discursos migrantes latinoamericanos.

Cuando hablamos de las primeras crónicas escritas en la región, nos retrotraemos a las “crónicas de Indias”, escritas al momento de la conquista y de la colonización europea de los territorios ancestrales indígenas, el Abya Yala, y de la violenta implantación de una mirada eurocéntrica, logocéntrica, antropocéntrica y liberal en las culturas locales. “América Latina es un mundo creado por la conquista” afirma Rosalba Campra (1982), en tanto la mirada europea arrasa con las alteridades no occidentales, colocándose como centro irradiador de todo sentido cultural y político.

En ese sentido, los libros de viajes de los conquistadores muestran los relatos que sobre ese mundo “otro” construyeron los enunciadores que, en ese narrar anclado a la propia cosmovisión, inventaron un “Nuevo Mundo” también con la palabra: hicieron literatura. Ficcionalizaron a América. ¿Cómo podrían, si no, interpretarse las palabras de Cristóbal Colón al relatar lo que sus ojos extasiados ven, o creen ver, al arribar a nuestras geografías?

“El día pasado, cuando el Almirante iba al Río de Oro, dijo que vido tres serenas que salieron bien alto de la mar, pero no eran tan hermosas como las que pintan, que en alguna manera tenían forma de hombre en la cara” (Colón, 2017:191).

“Entendió también que lejos de allí había hombres de un ojo, y otros con hocicos de perro” (124).

Como vemos, hay un asombro marcado por la distancia y la diferencia entre el enunciadore y aquello sobre lo que relata y/o describe, su objeto de enunciación: los “indios” son parte de una naturaleza a la que Colón debe interpretar con sus propios códigos hermenéuticos (Todorov, 1982).

Nuestra propuesta

Habiendo planteado este punto de partida, nos interesa posicionarnos desde un lugar diametralmente distinto para pensar los relatos de viaje:

-Los viajes a los que aludimos en esta propuesta no necesariamente son visitas a territorios desconocidos. Pueden (nos interesa que sean) viajes de exploración a los lugares por los que transitamos a diario, pero en los que no nos detenemos, porque el frenesí de la vida “productiva” no nos lo permite.

-Aquello sobre lo que relatamos, esto es: lugares, acontecimientos, personas, animales, etc. no son distantes a nosotros, porque forman parte de nuestra comunidad. En ese sentido, no son “objetos” sobre los que fantaseamos para hacerlos “encajar” en nuestro sistema de valores y creencias (y afán de reconocimiento de su colosal empresa, como le sucedía a Colón) sino que los proponemos como espejos refractarios: nos invitan a pensar-nos a nosotros mismos, aún desde la otredad o la diferencia.

-No tenemos ninguna pretensión de “objetividad” con aquello que escribimos: sabemos que las palabras sugieren y construyen realidad. Nos anclamos en esa potencia de las palabras para jugar a escribir literatura -ficción- con aquello que nos rodea.

-No creemos que nuestra mirada de viajeros sea superior a otras miradas. Es por eso que nos permitimos y alentamos que otras voces (las que circulan por los lugares que transitamos) ingresen a nuestros relatos. El mejor “cuadro de época” que podemos trazar es el de la polifonía constante, el de las contradicciones permanentes, el de las preguntas necesarias.

- El género de la *crónica** problematiza permanentemente la relación del sujeto con el mundo y su experiencia, porque es un relato que intenta captar algo de “lo real”, y en ese proceso se pregunta, entonces, ¿qué mirar?, ¿qué escuchar?, ¿cómo mirar?, ¿cómo poner en palabras aquello visto? Al respecto, Jorge Carrión en el volumen antológico titulado *Mejor que ficción. Crónicas ejemplares* (2012), señala que toda crónica “fija literariamente la relación que existió entre la mirada de quien escribe y la

oportunidad que le dio el mundo al revelarle una de sus infinitas facetas” (16). En la misma perspectiva reflexiva, la cronista argentina María Moreno escribe, ya en nuestro siglo: “la crónica, tal como retorna ahora o es exhumada, conserva ese movimiento: alguien va a un lugar desconocido y fija la mirada hasta que la verdad se confunda con la línea de los ojos” (2005, s/p). Para “calibrar” una buena mirada de viajero/a es necesario trabajar la imaginación y el estilo propio. En ese sentido, es productivo que reflexionemos sobre las características específicas del género de la crónica literaria y de la crónica de viajes, su vínculo con la experiencia real del movimiento por el mapa, pero, asimismo, su relación con la palabra y la imaginación ficcional.

-Alentamos una mirada extrañada de niño, de explorador, de artista que desnaturalice lo que ven nuestros ojos cada día, para hacer un viaje “tierra adentro”, incluso si viajáramos, como todos los días, a la escuela, por las mismas calles. Una mirada detenida: esa será nuestra mayor rebeldía.

Con lupa

Crónica: la crítica literaria coincide en la dificultad para dar una definición acabada del género de la crónica. Esto se debe a su propia historia, ya que el género se ha desarrollado desde las primeras crónicas de Indias, en los Siglos XVI y XVII, con características específicas enmarcadas en la discursividad colonial, hasta las crónicas actuales, escritas en diarios y revistas. Sin embargo, pueden apuntalarse algunas características consensuadas. Cuando hablamos de crónica nos referimos a un texto “híbrido” (Ramos, 1989), que no sólo admite la mixtura con otros tipos de textos y de géneros, sino que además hace de esa mezcla un espacio enunciativo propio y lúdico. Es por ello que podemos encontrar crónicas que se hibriden con el testimonio, con la entrevista, con el artículo periodístico, con el diario íntimo, y lo más interesante: hasta con la ficción, creando personajes y tramas no necesariamente verídicos o, en otras palabras, atados a lo real. Ese grado de hibridez tan radical hizo que muchos cronistas se refirieran al género a través de imágenes o metáforas sugerentes, más propicias que las conceptualizaciones teóricas. Por ejemplo, el cronista Juan Villoro dice que la crónica es el ornitorrinco de la prosa (2012: 578), Gabriela Esquivada afirma que es “un animalito raro” (2007: 111), por otra parte,

el cronista Pedro Lemebel propone pensarla como un “caleidoscopio oscilante” (2001, s/p) y como un “género bastardo” (2010: 10), mientras que el crítico mexicano Jerzeel Salazar lo señala como un género por demás “camaleónico” y “tan escurridizo como el mundo actual” (2005, s/p).

Relato de viaje: puede pensarse como un sub-género dentro del género mayor de la crónica. Adquiere diversos formatos, por ejemplo ensayo, pensamiento, diario, bitácora, crónica, autobiografía, memorias. El pensador Edward Said acuña el concepto de “ficciones de viaje” para dar cuenta de la forma en que muchas veces los viajes construyen o imponen representaciones culturales de los espacios y personas “visitados”. Said nos habla concretamente de los contextos de imperialismo y colonización, por ello nos viene muy bien para pensar a Latinoamérica. Es interesante que Said emplee el concepto de “ficción” ya que, si bien el traslado real puede (o no) existir, son muy importantes los efectos de sentidos, los cuales derivan en construcciones culturales y en estereotipaciones. La crítica argentina Beatriz Colombi sostiene que el viaje genera su relato, y que éste es esencialmente “el relato de un cambio, el que se produce en un sujeto sometido a algún tipo de alteridad -de mayor o menor grado- y su narración obedece a patrones establecidos en la lengua para expresar tal mudanza” (2006: 31)

Hebe Uhart, una de las cronistas argentinas más reconocidas, confiesa que escribe dos clases de crónicas de viajes, “dos tipos de impresiones. Una más libre, subjetiva [...] que son las que más se parecen a un cuento. Y las que están más documentadas [...]. Los géneros están muy mezclados” (2017, contratapa).

Sylvia Molloy se refiere al relato de viaje afirmando que como todo género que se quiere referencial -es decir que convence al lector de que lo que lee es la transposición ‘directa’ de una supuesta realidad- el relato de viaje trabaja con una quimera, la de simular su inmediatez. El viajero ‘nos hace ver’, nos interpela, nos invita a compartir experiencias, solicita nuestra identificación (Ocampo, 2022, prólogo, 9-10).

Hoja de ruta

La propuesta está pensada para el ciclo de especialización de la educación secundaria.

Proponemos actividades de reflexión en base a lecturas previamente efectuadas, de crónicas y relatos de viajes que incluimos aquí. En una primera sección invitamos a abordar el género de la crónica, pensando de qué manera se construye la mirada del cronista, su estilo, asimismo, de qué forma se resignifica la idea del viaje.

En una segunda sección proponemos dos lecturas: ofrecemos dos crónicas de viaje con preguntas reflexivas que orientan el análisis.

En una tercera sección proponemos una actividad de escritura en la que puedan ponerse en juego los aprendizajes adquiridos.

Explorando el terreno. Cronista ¿se nace o se hace?

Para comenzar, los invitamos a leer el siguiente fragmento escrito por la cronista argentina María Moreno. Pertenece al prólogo “Entre Nos (apuntes para una teoría de la entrevista)” de su obra titulada *Vida de vivos*, del año 2005. En este fragmento Moreno nos cuenta cómo fueron sus primeros pasos como cronista. Prestemos atención a la importancia que le da a la voz de los otros.

El texto completo disponible haciendo clic aquí 

[...] Un balcón de bajos, adornado con hierros retorcidos, fue mi primer mangrullo de cronista. Cronista inopinada a la que todo le entraba por los ojos, aun cuando no supiera leer ni escribir. Cronista sin práctica más que la de tomar lista a las presencias repetidas y abocadas a tareas sin mayores variaciones: la puta que enseñaba el catecismo a domicilio, el niño que dormía en un cajón, la enana que llevaba una canasta sobre la cabeza tenían una coloratura tan natural que no hacían falta palabras para narrar. Por otra parte, mi edad no daba para atesorar recuerdos populistas. Mi abuela era la portera de un edificio de departamentos en ruinas al que no se le llamaba conventillo por el hecho de que mi madre —doctora en química— vivía allí y había puesto en la puerta una placa donde promocionaba su laboratorio de análisis clínicos. Yo ayudaba a mi abuela bajando la manija del automático en el tablero de las luces a la hora en que los escasos inquilinos calaveras salían para dirigirse al centro. Era cronista de interior también, puesto que no se me

permitía bajar a la calle y sólo podía levantar testimonio del balcón para adentro. La ocasión era la entrega de la correspondencia, que exigía la subida metódica de dos pisos por escalera. En el departamento 2 los Unger, los Seiden y los Fleicher, en el 3 los Wundailer, las Dimant y los Rodríguez, en el 4 el sargento Vera y el señor Zubarán, otros Rodríguez y las Pomeranz. Sólo la señora Mandelbaum vivía sola en un cuarto del segundo piso que antaño había sido la portería. Recuerdo las variadas caligrafías de los sobres, la Z barroca de la hermana del señor Zubarán cuya letra ocupaba todo el sobre, los trazos torpes que rezaban un “Rodríguez” con s y, en contraste, la complicada grafía de los apellidos judíos. Como recuerdo la profusión de las cartas, su frecuencia, el enigma de los remitentes que iban de Goya a Lodz, la mayoría imposibles de leer en voz alta a la altura del primero superior. Los Seiden, los Fleicher y la señora Mandelbaum llevaban tatuados en los brazos números de varias cifras, algo a lo que en mi casa se aludía en voz baja y cuyo sentido ignoré durante mucho tiempo. De la señora Ruth Seiden se decía que había estudiado pedagogía con Jean Piaget, que la pena de haber viajado desde tan lejos, de verse obligada a vivir con dos niños en un cuarto y hacer ella sola las tareas domésticas la había desanimado de buscar la reválida de sus estudios. Una vez me había hecho un test de inteligencia a través del vidrio roto de su departamento que daba sobre el patio del nuestro. Me mostró un zapatito minúsculo. Yo pregunté “¿Y el otro?”, asociación que fue aplaudida. Si ahora me imagino construyendo mi novela de reportera, puedo afirmar que ésa sigue siendo una buena pregunta, menos interesada en obtener un dato que en una conexión pertinente en empatía con un juego decidido por el otro [...]

María Moreno

Pensemos todes juntas de qué manera se relata este “comienzo” como cronista. ¿Cuáles son los intereses manifiestos? ¿Cuál es la relación entre la vida propia y la experiencia? ¿Para ser cronista es necesario tener grandes aventuras y hacer extraordinarios viajes? ¿Qué “otros” aparecen en el relato de Moreno y qué inquietudes le despiertan?

Lectura de crónica, reflexiones y conversaciones

Conversatorio

En un primer momento, el grupo puede iniciar con un intercambio, coordinado por la/el docente en el que se hable sobre los primeros relatos de viaje en América Latina y se lean algunos fragmentos del Diario de Colón, para reflexionar sobre cómo escribía acerca de los nativos. La reflexión se puede actualizar recuperando algunos formatos que también se basan en la distancia entre los enunciadores y aquellos acerca de quienes se construye el relato. Un ejemplo contundente es el programa televisivo “Policías en acción”. Se puede llevar al aula algún fragmento para ejemplificar.

Luego, se pueden acercar otros relatos viajeros:

a. Un relato de viaje a la cordillera de los Andes, precisamente al sitio donde cayó el avión del equipo de deportistas uruguayos que dio origen a la icónica película *Viven*. Quien narra es Martín Cardón, profesor del “Instituto de Formación Docente Continua” de la ciudad de Villa Mercedes, San Luis. El texto es inédito, hemos accedido a él directamente a través de su autor.

*Notas, impresiones y asombros de la
cabalgata hacia el avión de los uruguayos*

Un viaje a caballo se compone de infinitas llegadas
A. Yupanqui

En todo viaje se gesta una experiencia, algo que con el tiempo y el lenguaje se convertirá en narración. Es casi una contradicción viajar y no tener nada para contar, salvo que no se trate de un viaje sino más bien de un tránsito, un pasaje insulso de un sitio a otro en el que no haya habido lugar para el cambio, el asombro o la transformación. Se viaja de muchas formas, incluso sin movernos del sitio que habitamos, pero en este caso hablo del viaje como un movimiento centrípeto que va desde afuera hacia adentro, que nos desplaza corporal y simbólicamente para ir hacia el encuentro de lo “otro”, de lo que no nos pertenece o de lo que está ahí afuera y

que difícilmente podamos ser parte. Y viajar a caballo por la cordillera es sin duda una de esas vivencias que no podemos dejar de contar, por más que queramos guardar el silencio ante aquellos que no vivieron esa experiencia, alguna palabra siempre se nos escapará como testimonio de aquello que hicimos pero que creemos haber soñado.

Partimos un mediodía de domingo en el que el sol cálido del verano nos guiñaba el ojo desde la cresta de los cerros, pero que el viento contrarrestó cuando los caballos comenzaron lentamente a sortear las subidas de un camino que se volvería nuestro compañero durante tres días. Luego del paso de las horas las voces ansiosas comenzaron a callarse y ocuparon toda nuestra atención las quebradas, los arbustos espinados y los ríos que se desprenden de los glaciares, allá en lo alto, donde todo parece que se acaba y el hombre se vuelve anónimo. Al tranco lento pero sostenido los caballos pisaban donde nuestros ojos no podían ver y cada tanto debíamos bajarnos para ajustar las cinchas, estirar las piernas y tomar un poco de agua. El río Atuel o Latuel para los puelches (que en su lengua originaria significa alma de la tierra) desnudó su extenso cauce pedregoso a causa de la sequía y las pocas nevadas del invierno, sin embargo, el cruce de otras vertientes a mayor altura fue el principal desafío de esa jornada. El agua correntosa rompiendo contra las piedras y en ocasiones subiendo hasta el pecho de los caballos puso a prueba nuestra concentración y equilibrio; y fue inevitable que algunos nos preguntáramos internamente si había sido una buena idea emprender ese viaje.

Durante toda nuestra marcha los baqueanos que guiaban la caravana fueron punteando el camino como pidiéndole permiso a la cordillera para que nos dejara entrar en ella y conocer parte de sus secretos. Parece una superstición de otros tiempos, pero escuché con mucho respeto que la montaña pone las cosas en su lugar de un modo que quizás los habitantes de las ciudades nunca lleguemos a comprender. Todos nos dimos cuenta que somos analfabetos de la montaña y sin esos arrieros nunca hubiéramos comprendido parte de su lenguaje. Así que no tuvimos más opciones que confiar

nuestro deseo de llegar al campamento en las cabalgaduras, y en esos silenciosos hombres que de tanto en tanto rompían la quietud de las soledades por las que pasábamos con algún silbido tropero.

Anduvimos unas cuatro horas hasta que en un recodo del río que veníamos bordeando divisamos las primeras carpas. Nos invadió una sensación de alivio y alegría, sabíamos que habíamos completado el primer tramo de la travesía sin inconvenientes. Cuando nos apeamos de los caballos todavía brillaban algunos rayos de sol, y las ganas de caminar por el lugar fueron superiores a nuestro cansancio. Muchos nos descalzamos y sumergimos los pies en el agua helada del arroyo, mientras los caballos, ya sueltos, buscaron su merecido descanso en un valle verde cercano al campamento.

Durante el camino estuvimos al tanto de los repentinos cambios de ánimo de la cordillera, pero cuando el sol se puso hacia el oeste y las siluetas sombrías de las piedras se proyectaron sobre las carpas nos dimos cuenta que el frío, la oscuridad y las estrellas vigilarían nuestro sueño una noche que se suponía de verano. Tomamos en ronda algunos mates e intercambiamos nuestras impresiones sobre el camino recorrido hacia el campamento, hasta que el guiso estuvo listo y sin demasiadas premisas repusimos la energía agotada. Comimos como se come en el campo, a media luz y con el cuerpo cansado, pero con la calidez de un plato humeante colmado de sabores, y fieles al sencillo y antiguo ritual de compartir el pan, el vino y unas cuantas historias, de esas que se cuentan en la ronda de los fogones.

La jornada siguiente sería la más exigente, dado que luego de montar unas cinco horas llegaríamos a casi 4 mil metros de altura, pero la promesa de alcanzar el santuario era suficiente aliento para seguir adelante y no dar marcha atrás. Así que nos fuimos a dormir temprano, cuando asomaba la claridad de la luna y el vislumbre de la vía láctea explotaba de pléyades brillantes. Todos habíamos visto en numerosas oportunidades el cielo a campo abierto, pero nunca lo vimos tan cerca, tan limpio y tan nuestro. Hicimos las camas con los recados de los caballos, cojinillos y matras amorti-

guaron la rigidez del suelo y las bolsas de dormir aislaron los tres o cuatro grados que hacían afuera de la carpa. Más no podíamos pedir, estábamos alojados en un refugio de montaña como el que muchos imaginamos en nuestra infancia repleta de aventuras y desafíos; y creo que esa noche volvimos a ella para decirle a ese niño que fuimos que valía la pena esperar para cumplir alguna de sus fantasías.

La noche entró en un silencio telúrico que de vez en cuando se interrumpía con el relincho lejano de algún caballo o el silbido del viento que ganaba fuerza desde lo alto del valle. Quizás tardamos en conciliar el sueño por el frío que se colaba entre las hendidias de la carpa, o la incertidumbre que nos generaba el recorrido del día siguiente. Pero en algún momento incierto la vigilia se dio por vencida y nos dormimos invocando el sueño de los viajeros.

Muy temprano en la mañana, antes que el sol apareciera por los cerros del este, los arrieros ensillaron mulas y caballos y nosotros nos alistamos para el ascenso hacia la cruz. A esa hora todavía quedaban resabios del frío nocturno y tuvimos que abrigarnos un poco más de lo que esperábamos. Cargamos agua, algunas frutas y una vez que estribamos bordeamos el campamento por una senda que no pararía de subir y serpentear desafiando, por momentos, la injusta gravedad que nos obliga a tener los pies sobre la tierra. Durante las primeras horas vadeamos varios mallines y vimos los últimos pastos verdes codiciados por unas pocas vacas y dos o tres majadas de chivos que veranean por esas latitudes. Pero a los tres mil metros de altura comienza la antesala de un desierto de piedras y la hostilidad del paisaje va borrando cualquier vestigio de vida. El sol quema con más fuerza los rostros y naturalmente el oxígeno escasea. Antes de la última subida abrupta nos bajamos de los caballos y aflojamos las cinchas para que puedan recomponerse de la trabajosa trepada que habían hecho hasta ese momento. Intuimos que quedaba poco para llegar, pero en esas condiciones los minutos se duplican y las referencias que tenemos sobre las distancias en el llano se desdibujan ante las peñas escarpadas. Cinchamos, montamos nuevamente, y escuchamos de ahí en adelante el impacto

de los cascos contra las piedras y el resoplo de los animales que no pararían su marcha hasta llegar al destino. Y efectivamente al cabo de una hora y media divisamos, en la cima de una de las tantas cumbres que nos rodeaban, el monolito, la cruz y el santuario.

Una vez que llegamos, casi al instante, un extraño y paradójico sentimiento de alegría y contricción se apoderó de nosotros, nos resultó absurdo y hasta obsceno permanecer en un estado de plena felicidad en un sitio invadido por la muerte y el dolor. Decenas de placas recordatorias, ofrendas de todos los tamaños y los restos del histórico avión de la Fuerza Aérea Uruguaya estaban ahí para que la memoria no se derrumbe y hoy, después de cincuenta años de la tragedia, podamos dimensionar una microscópica parte de esa historia de heroísmo, valentía y superación.

Comimos algo rápido y liviano, que nos permitiera hacer la digestión sin riesgo de apunarnos, y al cabo de una hora emprendimos el regreso. Pensamos que subir era lo más difícil pero nos equivocamos, si bien la vuelta es más ligera el descenso por los desfiladeros de la cordillera se vuelve desafiante, y cualquier pisada en falso de los caballos sería realmente trágica. Muy lentamente, inclinando el cuerpo hacia atrás y con un suave contacto en las riendas bajamos al paso. Creo que muchos nos dimos cuenta que en esas inmensas soledades todo se vuelve simple y al mismo tiempo más valioso. Un mate, un trago de agua, un pedazo de pan, un abrazo o un chiste ocasional no podrían pasar desapercibidos en ese escenario natural que no paraba de sacudirnos una y otra vez en la cabeza y en el corazón.

Cuando llegamos a las zonas más llanas y de menor altura los cuerpos se fueron relajando y el cansancio apareció en los rostros ardidos por el viento y el sol. Hablábamos de la majestuosidad del lugar pero también de que difícilmente volveríamos a emprender un viaje de esas características. Sin embargo, la fatiga de haber montado cerca de ocho horas se disipó un poco cuando vimos a lo lejos las siluetas anaranjadas de las carpas, y una vez que desensillamos y la rueda del mate comenzó a circular mientras el sol moría

en el horizonte, el cansancio pasó a ser un malestar olvidado. El fuego del asado iluminó la noche cerrada y comimos organizando un futuro recorrido a caballo, no sin antes elogiar el que estábamos realizando. Después de brindar unas cuantas veces salimos a contemplar la última noche en la que tendríamos la cordillera para nosotros y vimos boquiabiertos dos o tres constelaciones un buen rato, como si fuéramos niños anhelando juguetes detrás de las vidrieras. Luego de eso nos desplomamos en un sueño profundo.

A la mañana siguiente un dejo de tristeza anunciaba nuestra partida, y las ganas de quedarnos un tiempo más se contradecían con las ansias de volver para contar lo vivido. Para celebrar ese encuentro tomamos la última foto grupal, y tal como nos enseñó Larralde pegamos la última mirada, pero no al monte ni al galpón, sino a un paisaje que nos acogió momentáneamente para hacernos parte de él, por costumbre prendí un negro, taloneamos los caballos y ya nos largamos al camino chiflando como si nada. (Martín Cardón [inédito])

b. Algunas de las crónicas de viaje de Hebe Uhart, que pueden encontrarse en sus libros *Viajera crónica*, *Visto y oído*, *De la Patagonia a México* o en sus *Crónicas reunidas*.

c. Algunos videos del youtuber Mauro Albarracín en su canal “Lesá. Historias conurbanas”, en el que empezó a relatar experiencias en el conurbano (sitio en el que vive) a partir de los recorridos de las líneas de colectivo, y ahora visita y crónica relatos de viajes alrededor del mundo.

d. Algunos ejemplos:

“El Chernobyl de Lanús: un barrio abandonado en plena zona sur” 

“Una villa detrás de un megashopping. Barrio Mitre, Saavedra” 

“El barrio más picante y la feria más chorreante de Tucumán” 

e. Algunos videos del youtuber Fernando Ressia que comenzó relatando sus experiencias viajeras a pequeños pueblos de la provincia de Buenos Aires, hasta que con la crisis macrista lo despidieron de su trabajo como periodista en Télam y decidió darle un nuevo rumbo a su vida: se mudó al valle de Traslasierra, en San Luis, y desde allí comenzó a generar nuevos contenidos.

Algunos ejemplos:

“Viven perdidos en las sierras pero meten 300 personas en el cumpleaños de 90 de Ismael”



“Así es la vida en un pequeño paraje rural en las altas cumbres de Córdoba”



A partir de las lecturas de estos textos disparadores, podemos conversar, por ejemplo, respecto a:

- los distintos tonos con los que trabajan los cronistas;
- cómo se filtra la descripción de algunos lugares: mediante qué recursos y cómo nos impactan a los lectores esos recursos;
- cómo aparecen los testimonios, las voces de los lugareños y lugareñas y cómo son abordados por los cronistas;
- cómo sutilmente en ocasiones, más explícita o implícitamente en otras, los cronistas realizan alguna crítica al sistema;
- cómo esas voces narradoras toman la experiencia vivida para hacerse preguntas sobre la propia existencia;
- cómo es abordado el tiempo en los relatos (de manera cronológica, con saltos temporales, con grandes detenimientos, con digresiones);

- cómo está construida la voz narradora (¿en primera del singular, del plural? ¿qué diferencia encontramos en cada caso?);
- en qué cuestiones el enunciador o enunciadora se detuvo para relatar, para describir, para reflexionar en torno a sí;
- qué imágenes del relato se nos quedan impregnadas y por qué, etc.

Viajar por la propia ciudad o el desafío de mirar lo de siempre con otros ojos. Lecturas y actividades

A menudo, los espacios por los que solemos transitar todos los días se nos vuelven “invisibles”, quedan silenciosos bajo el peso de lo cotidiano y nos resulta difícil encontrar allí lo nuevo, lo insólito, el detalle que dé puntapié a una escritura que nos haga repensar nuestros tránsitos por la ciudad que habitamos como un verdadero viaje que nos invita a enriquecer la experiencia del movimiento. Leeremos en esta sección una crónica que problematiza la idea consagrada del relato de viaje, en particular del llamado “viaje modernista” concebido como una peregrinación cultural y de carácter espiritual hacia los centros históricos del arte y la “civilización”: metrópolis occidentales tales como la París de Rubén Darío, o la New York de José Martí, aunque también incluimos los viajes hacia “lo exótico”, como por ejemplo las crónicas de Gómez Carrillo sobre Rusia y Japón. Estos relatos de viaje modernistas tenían un sentido de aprendizaje, de sesgo europeísta y elitista, pero sobre todo de “puesta al día” cultural a través de una inmersión en lo más excelso y moderno de la moda en la ciudad civilizada. Por el contrario, la crónica que leeremos ahora, titulada “Diario del 22 de noviembre del 2000”, de la escritora argentina María Carman, se aleja de ese estereotipo y explora otras zonas de la escritura de viaje.

Para contextualizarla, debemos tener en cuenta que a principios de la década del 2000 y hasta el estallido social de diciembre de 2001, la Argentina experimentó un crudo proceso de crisis social, política y económica, palpable en las altas tasas de crecimiento de la pobreza y la conflictividad entre sectores. En las grandes ciudades comenzaron a tomar lugar los fenómenos del “cartoneo” y el “cirujeo”. Muchísimas personas que habían

quedado en la indigencia comenzaron a juntar cartones y desechos, trasladándose con carros desde sus precarios lugares de residencia (en general ubicados en la periferia de la ciudad) hacia el centro, territorio de los barrios más adinerados. Iban en busca de llenar sus carros con los descartes que la clase burguesa y los comercios dejaban en las calles al caer el sol (papel, cartón, botellas, pero también restos de comida y todo lo que sirviera para luego revender, reciclar y reutilizar); retornaban al amanecer a sus casas en el llamado “tren blanco”, un tren reservado por el Estado para el uso privativo de los cartoneros.

Haciendo clic aquí  encontrarán un documental muy interesante, del año 2004, titulado “El tren blanco” (dirigido por Nahuel García, Sheila Pérez y Ramiro García) que pueden consultar.

María Carman escribe una crónica sobre este fenómeno, dando un giro a la mirada sobre su propia ciudad, Buenos Aires, a partir de estos “otros”, los cartoneros, que comienzan a habitarla volviéndonos testigos de la tragedia humana y económica que vivía nuestro país en aquellos años. La cronista realiza un viaje a los márgenes invisibilizados de Buenos Aires, compartiendo el Tren Blanco con los cartoneros. Y su “mirada” se verá física y emocionalmente afectada.

a. Leamos esta crónica para luego hacer una actividad de reflexión. La encontramos haciendo clic aquí 

Diario del 22 de noviembre de 2000

18.48 El tren blanco sale de José León Suárez rumbo a Retiro, la estación terminal de Buenos Aires. No acepta pasajeros. Solo lleva a los cirujas y sus carros, para quienes se han dispuesto cuatro vagones sin asientos.

19.11 Sentada sobre la arena de la plaza de la estación Belgrano R., escucho la bocina arcaica del tren blanco, atestado de carros como si se trasladara a alguna batalla. La imagen se confunde con los balbuceos de mi hijo que tampoco entiendo.

19.13 Ya pasó el temblor, aunque mi hijo sigue saludando al vacío. Se abren las barreras y pasan los autos como si nada hubiese sucedido, y las vías no trajesen un mundo continuo de otro lado.

21.30 Belgrano R. es un barrio aristócrata, alegre: en estas noches de verano, las familias de clase media cenan los platos europeos de los restaurantes que dan sobre la plaza. A media cuadra de ahí la estación de tren congrega a los comensales de la basura. Son familias enteras, también, o pedazos de ellas: mujeres con bebitos, hombres solos, adolescentes, un ejército descansando. La noche es la frontera en la que los pobres se adueñan de los barrios prósperos.

Los carros son más de cincuenta, apilados como ataúdes. Tienen dos neumáticos, una estructura de hierro con manijas y unas bolsas blancas que se prenden con ganchos.

—Vos siempre ponés la carreta mal. Dale correte la gente tiene que pasar!

—El también me estaba haciendo lugar

—Correte para allá loco estás zarpado vos eh!

Adentro se guarda aquello que alguna vez costó dinero y hoy todavía puede reportar algo: diarios, escobas, un triciclo, una lámpara.

—Viniendo solo los domingo' junto trescientos kilos

—Yo enseguida lo cago a puteadas o le meto una patada en el orto; no quiere saber nada de juntar hierros.

Los cirujas revientan la “R” de Belgrano Residencial. Extraños alquimistas. ¿Antes de la medianoche, la basura se transformará en oro? O quizá solo en unas monedas para volver a rastrillar, al día siguiente, lo que la ciudad desprecia.

21.40 Miro desde el andén desierto de enfrente a los nómadas del desperdicio; las vías en el medio me protegen de mis propios sentimientos de fascinación.

21.55 Cruzo la frontera. Voy atravesando olores y caras a medida que avanzo por el andén atestado. Rozo a la señora inclinada sobre la bolsa-almohada de basura y también a los chiquitos que se acuestan arriba de las ruedas, como si el carro fuese una prolongación del cuerpo o fuera a explotar, a desaparecer. Creo que en cualquier momento caigo sobre el agujero de las vías. Siento a este andén como la parte visible, pública, de mi propia basura.

Los carros huelen mal. Las bolsas llenas de cosas ocultas cobran vida, como la panza de una embarazada. Unas mujeres husmean la parte alta de una bolsa y encuentran un vibrador blanco, eléctrico, un pene con un cablecito: se lo llevan a la boca, ríen, lo enrollan y luego reparten el botín de unas galletitas.

—No la merca te hace mierda la nariz

—A esta no la traigo más (la madre resopla con la hija que se porta mal)

—Y la asistente social de la escuela me dijo que mande a la nena porque....

22.05 En Belgrano R. se bifurcan las vías: hacia la derecha van a Olivos; y a la izquierda van a Suárez, el destino de los cirujas. A mí también se me abren varios mundos en Belgrano R. Aquí tomaba el tren con mi primer novio para acompañarlo a jugar al golf; aquí vengo a los treinta años con mis hijos a la prolija plaza de la estación. Y ahora es la basura por la noche y el temor al contagio, a que la claridad no vuelva. Apostada en un idéntico lugar, como un pintor impresionista del siglo XIX, sigo el régimen de la luz: las personas introducen distintas temporalidades.

22.10 Varios policías con chaleco antibalas y ametralladoras bajan del tren especial: ventanillas de metal bajas, la trompa sobre la boletería. Mientras se llevan la recaudación, ninguno de los cirujas les quita los ojos de encima. Hay un aire cargado de metralladas hasta que los canas suben al tren ya en movimiento con un paquetito amarillo, apuntando las armas hacia donde están ellos.

22.20 Cada vez llega más gente a la estación. Los chicos arrastran carros que los doblan de tamaño. Una nena se cuelga de las ruedas y se trepa como si fuese un caballo; otros adornan la carreta con bolsitas, transformándola en un árbol de Navidad.

—Má vamos!

—No esperá que vengan tus hermanos. Ahora viene el otro en el que vienen los chicos. Sea la hora que vengan yo subo...

—Má... si no vienen en este subimos?

—Venís o te sentás al lado mío o te doy un cachetazo

Viene el tren a Suárez, pero nadie sube ni se muestra animado. Algunos se acuestan sobre el piso y toman agua, mate, fuman, miran la nada. Un nenito hojea un libro enorme con desgano, otros juegan con el enrejado o con piedritas.

—El próximo es nuestro

—No tené agua flaco?

—Agua quiere doña? -se adelanta el flaco, le acerca una botella y charlan.

23.11 La gente que espera el último tren a Olivos se arracima alrededor de la boletería y el kiosco de revistas, único sector del andén techado, con luz y música funcional. Yo también viajo a Olivos pero hoy me quedo con los cirujas. Aunque mi basura sea inútil y

ni siquiera se recicle. La vida se vuelve interesante cuando uno se pierde el último tren a casa.

23.40 Llega el tren blanco. Los cirujas a bordo duplican la bocina con silbidos lejanos para que sus parientes los identifiquen a distancia. El lugar de encuentro no es la estación, como yo pensaba, sino el tren mismo.

—Ahí viene el tren blanco! Vamo' vamo'

—Vení Jorge dejala a ella. Ahora le voy a decir a mamá que no viene más con nosotros

—Vení que así estamos más cerca del tren. -Dale boludo eh!

—Má dijo que suba

Gritan, silban, ríen, se mezclan con hombres y mujeres que vuelven del centro con caras de cansancio, carteras y portafolios. Un cartón queda atrapado en la puerta, hasta que alguno lo libera y el tren arranca. Saludan triunfantes a los que quedan abajo, esperando al resto de la familia que vendrá más tarde. Un nenito desde adentro, con medio cuerpo afuera hace fuck you para indicar que ahí está el furgón.

—Sí entró

—No puede subir!

—Dale empujalo más

(toca la bocina el locomotorero)

—Ehhh para eh! Hijo de puta

(a un chico le cuesta subir un enorme carro)

—Eh boludo tenés que pasear ratas no sabés pasear cosas como ésta

(otra vez bocina)

—Pará negro pará!

Las ruedas de los carros, que deambulan por los caminos zigzagueantes de la basura, suben a las ruedas del tren, cuyo recorrido es monótono.

—(a mí) Estás sacando fotos para un diario, no? (alguien me toca el brazo y siento miedo)

—Dale que entra! (van metiendo más carros en el furgón) Aguantá... listo

—(intento subir y me detienen) Este tren no lleva pasajeros

—Erica la podés traer

—Vos subime a la nena. Y ahí hay una monedita

—Te dije que no jugués con eso Marcelo, no la asustés Marcelo

—Vamo'? Eh ya está? Listo vamo'

—Que vigila ortiva, ese guarda hijo de puta

Los policías miran, pero no intervienen. La disparidad numérica es ostensible. Los cirujas deciden cuándo arranca el tren. No sacan boletos y nadie se los pide. Ellos son los dueños de los trenes nocturnos a Suárez y especialmente de esta ballena blanca, esta Moby Dick del cuarto mundo rellena con basura.

Qué envidia esa basura paseando muy oronda cuando yo no logro sacar la mía; la admiro yendo en los carros desnuda, fresca, suelta de cuerpo.

23.48 Pasa un tren de carga, esos que todavía llevan cosas útiles, larguísimo, hermoso con la noche y que hace temblar el piso. A mí me tiembla el piso. La basura c' est moi. Ya no importa llegar a casa.

23.50 Un nene de tres consuela a su hermanito de uno diciéndole que la madre ya va a llegar, lo alza y juega a zamarrearlo en el precipicio del andén. El cuerpo del más chiquito oscila entre el hueco y el borde bajo la luz de la locomotora que se acerca. No puedo dejar de estremecerme al imaginar la cara de mi hijo en el más pequeño, mi hijito durmiendo ahora entre sábanas limpias.

23.58 No pude irme hasta que no pasó el último tren a Suárez, casi a medianoche, justo antes de transformarse en una carreta con calabazas.

00.05 Uno saca la bolsita que no quiere de su cabeza. Hace un nudo. Quizá añade pimienta para que no la desgarran los gatos. La bolsita se aleja en el camión, pero el malestar persiste.

Ir a remover la bolsa de basura de los recuerdos... rasgar un poco el fondo aunque todo esté podrido adentro y rescatar lo que se pueda, aquello que seguimos soñando y nos persigue desde chicos por culpa de la infancia que despierta cada noche a pesar de que uno cerró la bolsita y la dejó en la vereda, lejos, para que la recoja el basurero.

¿Qué pasa con los recuerdos sepultados? Vuelven; si uno no se zambulle en la mierda vuelven. Y no es cuestión de aniquilar los recuerdos sino de acompañar las pesadillas a la vida, incorporar el mal olor y los gusanos y saberse uno también gusano. Es como el tipo de Belgrano R. que tira la revista Caras y un ciruja que él no ve -las clases sociales se rozan sin mirarse, mediados por moneditas o basura- rompe la bolsa y junta el glamour de esos papeles con otros que luego volverán al tipo de la Caras y a mí, que pensamos que nos habíamos sacado la mierda de encima, vueltos papel higiénico para limpiarnos el culo, luego de tortuosos periplos en tren a la

provincia donde los hermanitos viajan solos, uno le muerde la cola al otro y cada quien se cuida a sí mismo de no caer.

Post scriptum 28 de noviembre: pi-ojos

se alimentan de sangre, inyectan su saliva irritante y depositan su materia fecal sobre la piel...

Prospecto del piojicida Nopucid

Hay unos espías tan cerca y tan lejos. Los puedo tocar pero son inabordables y no les puedo dar muerte. Tampoco puedo putearlos y que me escuchen. Son sordos, mudos, estúpidos... pero ahora son videntes.

Unos animalitos anidan en las raíces de mis pestañas y sus bocas chupan de mí. Apenas me dejan mirar el mundo: ellos lo descubren desde la orilla de mis globos oculares.

No quieren ser ciegos: quieren dejarme ciega a mí.

Cada día los más grandes echan miles de huevos. Nacen; luego caminan y flotan. Los siento apretarse en el bosquecito de mis pestañas buscando calor.

¿Cómo volaron sin alas hasta mí? Con su taladrito me roban colores, formas y se transforman en la única memoria posible. Ven todo excepto a mí, como yo no los veo a ellos.

Empiezo a odiar este mundo que se vuelve borroso. Cuando todavía puedo hacerlo, miro con envidia los ojos limpios y bondadosos de los demás. Nadie sabe la basura que oculto debajo del párpado.

Ya no estoy sola. Crío monstruitos. Perdí la intimidad con mis pensamientos. Perturban mi sueño con sus viajes de un extremo a otro, sus fiestas o murmullos. Hay algo en esto de mirar el mundo juntos, como desiguales siameses, que me hace despreciar cuanto

veo; yo les presto mi don maravilloso y ellos a cambio me inyectan su avaricia.

Logran su fin: no puedo pensar más que en ellos armando su colonia, criando sus hijos, una hermosa familia bajo la persianita del párpado.

No soporto sus rush hour. Una nubecita tapa lo de afuera, si ese afuera existe todavía. Quisiera armarles las condiciones propicias de humedad en las cejas, el pubis, las axilas... pero ellos no quieren quedarse sin ese cine de la vida que le proveen mis ojos.

¿Por qué no puedo tener piojos en la nuca o detrás de las orejas como cualquier hijo de vecino? Probé de ponerme rimmel y también me adoran.

Pensé que escribiendo quizá se iban. Pero el tren pasa, se lleva a los cirujas y sus carros y ellos me dejan lo único que les sobra: sus cirujas al cuadrado, sus cajitas chinas.

“¿Vos querés conocernos? ¿Querés un verdadero comercio, un intercambio de regalos? Tomá los pi para un trabajo de campo intensivo. Viví lo que nosotros vivimos: sentí que la sangre se seca y duele cuando se va, que en nosotros es el hambre y en vos sólo unas decenas de emisarios, nuestras mínimas palomitas de la paz”.

Y el pi-ojo ama la vida, hace el amor y no la guerra y se reproduce ad infinitum como el Pi griego: trescomacatorcedieciséis.

María Carman, *Diario del 20 de noviembre de 2000.*

Glosario

Boludo: (lunfardo) estúpido, idiota.

Cana: (lunfardo) agente de policía.



Ciruja: (Argentina) buscador de residuos en vaciaderos de basura, cartonero.

Lunfardo: Jerga que originariamente empleaba, en la ciudad de Buenos Aires y sus alrededores, la “gente de mal vivir”. Parte de sus vocablos y locuciones se difundieron posteriormente en la lengua popular y en el resto del país.

Merca: (lunfardo) cocaína.

Morfi: (lunfardo) comida.

Orto: (lunfardo) culo.

Puteada: (Argentina, Paraguay y Uruguay) insulto, palabrota.

Vigila: (lunfardo) apócope de vigilante. Agente de policía.

Zarpado: (lunfardo) desubicado.

Actividades después de la lectura

Debatamos en torno a los siguientes ejes que se desprenden del texto leído. Seguidamente, formarán grupos y elegirán dos consignas para, luego, hacer una puesta en común.

- 1) ¿Cuáles son las características que nos permiten pensar que estamos frente a una “crónica de viajes”? ¿Con qué otros tipos de textos y géneros se hibrida?
- 2) ¿Cómo son descritos los “otros”, los cartoneros, y su realidad social? Observen cómo se incorporan sus voces al texto.
- 3) ¿Cómo se repiensa a sí misma la cronista como habitante/ciudadana de Buenos Aires a partir del contacto con los cartoneros?
- 4) ¿Con qué palabras describe su propia experiencia la cronista?

5) ¿Cómo se plantean las relaciones entre los espacios de lo público -el tren, la ciudad- y lo privado -volver a la casa y a la familia-?

6) ¿Qué lugar político y estético tiene la basura en la crónica? ¿Cómo podemos interpretar los “pi-ojos” que afectan la mirada de la cronista, y qué relación tienen con la experiencia del viaje?

Escribimos una crónica

El objetivo es que les estudiantes escriban una crónica/relato de viaje. Para ello, deberán elegir entre algunas de estas opciones (pueden ser más de una):

- Escribir sobre un viaje de recorrido: se escribe mientras se está en proceso de viaje. Se van tomando notas (mentales, gráficas, orales, visuales) para recuperarlas luego.
- Escribir sobre un acontecimiento: se narra la experiencia de haber participado en un acontecimiento de la comunidad o de la familia, por ejemplo: aniversarios de la ciudad, fiestas religiosas, carnavales, etc.
- Escribir sobre un lugar: se describe y se narra la experiencia de visitar determinado lugar (un lugar asombroso por desconocido, o porque conozcamos mucho pero esta vez lo vemos con otros ojos: porque le guardamos cierto cariño, porque forma parte del patrimonio cultural del barrio, de la ciudad, del pueblo; porque ahí trabaja un personaje conocido por todos, etc.)
- Escribir sobre una experiencia: se trata de una experiencia que decidimos atravesar y que provocó un “antes y un después” en nuestra vida: la primera vez que fuimos al boliche o al teatro; la primera vez que nos bañamos en el mar; la primera vez que viajamos a dedo, etc.

Siempre resultará conveniente que, al momento de transitar el viaje por cualquiera de las opciones mencionadas, los relatores/cronistas/narradores vayan tomando apuntes ligeros sobre lo que ven, escuchan,



huelen, sienten, y las impresiones que esos incentivos dejan en su imaginario. Pueden también tomar fotos, hacer pequeñas grabaciones sobre algún momento relevante si se tratara de relatar una experiencia. Recomendamos también hacer preguntas a los participantes del evento, a los lugareños y lugareñas, o a otros “paseantes” como él o ella, que luego podrán obrar como testimonios. Se trata de ir armando un “corpus sensible” que permita luego pasar a la instancia de escritura.

Para todas las opciones, es importante que les escribientes vayan tomando decisiones, algunas de antemano; otras, a medida que escriben; algunas, en el proceso de revisión, respecto a: la voz narradora que emplearán (en primera del plural o del singular), los tiempos verbales y su construcción del relato, los conectores temporales y espaciales necesarios para darle continuidad, los fragmentos descriptivos y el uso (o no) de adjetivos y epítetos, la creación de imágenes sensoriales que recreen las propias vivencias respecto del entorno, etc. También será fundamental que consideren qué otras voces aparecerán en los relatos, si las insertarán de manera directa o indirecta, y qué reflexiones tácitas o explícitas les invitan a realizar las experiencias del viaje.

El trabajo en taller, en un ida y vuelta permanente con el/la docente coordinador/a y entre sus compañeros pares, permitirá además, al estudiante-escribiente, encontrar un tono acorde a un estilo que irá configurando a medida que la escritura va tomando cuerpo.

Referencias

- Artaud, Antonin (1984) *México y viaje al país de los tarahumaras*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Campra, Rosalba (1982) *América Latina: la identidad y la máscara*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Carman, María (2010). “Diario del 22 de noviembre de 2000”. En AA.VV *Buenos Aires. La ciudad como un plano. Crónicas y otros relatos*. Buenos Aires: La Bestia Equilátera, pp 23-32.
- Cardón, Martín s/f *Notas, impresiones y asombros de la cabalgata hacia el avión de los uruguayos* (inédito, texto cedido por el autor)

- Carrión, Jorge (2012). *Prólogo: mejor que real*. En Jorge Carrión (ed.) *Mejor que real*. Crónicas ejemplares. Barcelona: Anagrama, pp 5-18.
- Colombi, Beatriz (2006) "El viaje y su relato". *Latinoamérica*, número 043 Universidad Nacional Autónoma de México Distrito Federal, México pp. 11-35
- Colón, Cristóbal (s.d. [1986]) *Los cuatro viajes: Testamento*. Madrid: Alianza Editorial.
- Cornejo Polar, Antonio. *Una heterogeneidad no dialéctica: Sujeto y discurso migrantes en el Perú moderno*. En Revista Iberoamericana Vol. LXII, n° 176-177. Julio-diciembre, 1996. 837-844
- Cristoff, María Sonia. (2006). *Idea Crónica. Literatura de no ficción iberoamericana*. Rosario: Beatriz Viterbo Editora.
- Darío, Rubén (1900) *Peregrinaciones*. Edición digital de la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes https://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/peregrinaciones--0/html/ff0811ae-82b1-11df-acc7-002185ce6064_2.html
- de las Casas, Bartolomé (1566) *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*. Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes https://www.cervantesvirtual.com/portales/bartolome_de_las_casas/obra-visor/brevsima-relacin-de-la-destruccin-de-las-indias-0/html/
- García, Nahuel, García, Ramiro y Pérez Giménez, Sheila (2003) (Director) *El tren blanco* [Documental] Producción: Luis Ángel Bellaba y Carlos Rizzutti.
- Girondo, Oliverio. (1932) *Espantapájaros*. <https://www.revistaaltazor.cl/oliverio-girondo-3/>
- Gómez Carrillo (1906) *La Rusia actual*. París: Garnier Hnos..
- (1912) *El Japón heroico y galante*. Madrid: Renacimiento..

Esquivada, Gabriela (2007) “Los nuevos cronistas de América Latina”. En Falbo, Graciela (Ed) *Tras las huellas de una escritura en tránsito. La crónica contemporánea en América Latina*. La Plata: Ediciones Al Margen.

Lemebel, Pedro. (1996) *Loco Afán*. Santiago de Chile: Anagrama.

LESA (6 de mayo de 2021) *El barrio más picante y la feria más chorreante de Tucumán*. [Video] Youtube <https://www.youtube.com/watch?v=G31wO5yNUJo>

(20 de diciembre de 2021) *Una villa detrás de un megashopping. Barrio Mitre, Saavedra* [Video] Youtube <https://www.youtube.com/watch?v=bCLBK0gpiYA>

(16 de febrero de 2022). *El Chernobyl de Lanús: un barrio abandonado en plena zona sur* [Video] Youtube <https://www.youtube.com/watch?v=LUELNEanY0w>

María Moreno (2005) *Vida de vivos*. Buenos Aires: Sudamericana.

Martí, José (1881) *Crónicas*. <https://biblioteca.org.ar/libros/3028.pdf>

Miseres, Vanesa (2005) *Mujeres en tránsito. Viaje, identidad y escritura en Sudamérica (1830-1910)*. North Carolina Chapel Hill: University North Carolina Press.

Monsiváis, Carlos (1995) *Los rituales del caos*. México: Ediciones Era.

Ocampo, Victoria (2022) *La viajera y sus sombras. Crónica de un aprendizaje*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Ramos, Julio (1989) *Desencuentros de la modernidad en América Latina. Literatura y política en el siglo XIX*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica..

Ressia, Fernando (2022) *Viven perdidos en las sierras pero meten 300 personas*

en el cumpleaños de 90 de Ismael <https://www.youtube.com/watch?v=D2Oo2vfOd3w>

Así es la vida en un pequeño paraje rural en las altas cumbres de Córdoba <https://www.youtube.com/watch?v=7n7sDqY2zpA>

Said, Edward. (2007) *Orientalismo*. Barcelona: De Bolsillo.

Salazar, Jezreel “La crónica: una estética de la transgresión”, *Razón y Palabra*, vol. 10, núm. 47, octubre-noviembre, 2005 Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey Estado de México, México.

Strauss, Levi (2012) *Tristes trópicos*. Buenos Aires: Ediciones Paidós.

Todorov, Tzvetan (1987) *La conquista de América. El problema del otro*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Uhart, Hebe (2017) *De la Patagonia a México*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo editora.

Uhart, Hebe (2019) *Visto y oído. Nuevas crónicas de viaje*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo editora.

Villanueva, Liliana. (2018). *Las clases de Hebe Uhart*. Buenos Aires: Blatt y Ríos.

Villoro, Juan. (2012) “La crónica: ornitorrinco de la prosa”. En *Safari accidental* (p. 578) Joaquín Mortiz: México.